

# Ese inquebrantable núcleo nocturno...

Alain de Benoist

Que el erotismo responda a su ser, que se mantenga luminosamente nocturno, que preserve la contradicción que constituye su núcleo, que no regrese a la negra noche del sexo maniatado por la moral, ni se pierda en la pastosa, desapasionada luz de la norma que promulga, implacable, que aquí no hay norma... ni transgresión. A ello nos exhorta Alain de Benoist en este artículo publicado originalmente con el seudónimo de "Robert de Herte".

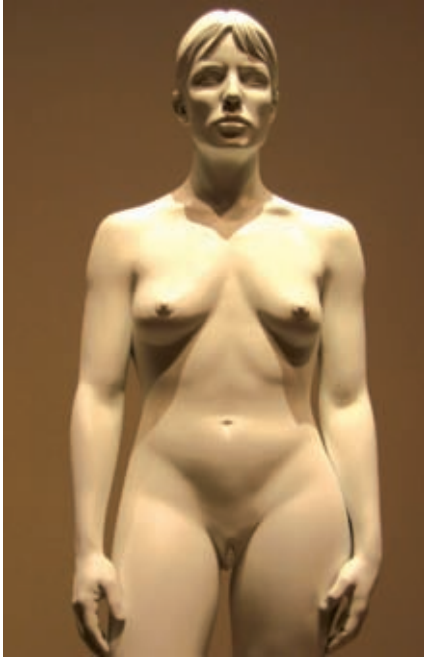
**N**O existe ninguna definición verdaderamente satisfactoria del erotismo, esa cualidad propiamente humana que hace que el deseo sexual siga el rumbo de la inventiva entre dos seres. El erotismo no es lo contrario del pudor, el cual sólo tiene sentido en la medida en que hace que algo sea deseable. Tampoco es lo contrario de la pornografía, la cual sólo resulta sugerente (es su gran ventaja) cuando, mostrándolo absolutamente todo, revela... que no hay nada que ver. Por lo demás, D. H. Lawrence ya lo dijo todo cuando denunció la hipocresía de una sociedad que condena la pornografía al tiempo que cierra los ojos ante su propia obscenidad. Cualquier discurso publicitario, cualquier discurso perteneciente a la lógica del mercado resulta hoy más obsceno hoy que una vagina abierta fotografiada en primer plano.

Durante siglos, el erotismo fue denunciado como lo opuesto a las «buenas costumbres», como algo que excitaba las pasiones sensuales, contradecía una moral basada en la devaluación de la carne. Contrariamente a otras religiones, el cristianismo siempre ha sido incapaz de elaborar una teoría del erotismo, no por haber ignorado el sexo, sino por lo contrario: por haberlo convertido en una obsesión negativa. Pasado el tiempo de los mártires, la abstinencia se convirtió en la marca de la vida devota y la sexualidad en el campo escogido del pecado.



La actriz Pamela Anderson fotografiada en 1990 por Stephen Wayda para la revista *Playboy*. O el erotismo visto por la industria del espectáculo y de la prensa.





La actividad sexual, considerada un mal menor, sólo será admitida en el marco conyugal. La Iglesia condenaba una sexualidad que no estuviera destinada a la procreación, al mismo tiempo que cultivaba la idea virginal de una procreación sin sexualidad. Por tal motivo, sin duda, el discurso sobre el sexo se mantuvo durante tanto tiempo en el ámbito exclusivamente literario, médico o simplemente vulgar—aunque resulta significativo que, desde siempre, el desnudo ha servido de base a la enseñanza de las bellas artes como la forma más adecuada de formar de cara a la categoría de lo hermoso.

*Cualquier discurso publicitario resulta más obsceno que una vagina abierta fotografiada en primer plano*

La modernidad naciente emprendió luego un vasto trabajo de simbolización del que fue víctima el erotismo. Basándose en una idea del ser humano como individuo autosuficiente, le resulta imposible pensar una diferencia sexual que, por definición, implica lo incompleto y lo complementario. La descalificación de las pasiones y emociones, supuestamente generadoras de «prejuicios», acompa-



La desnudez no es, en sí misma, sinónimo de erotismo. Basta ver la escultura hiperrealista de la izquierda... Y confrontarla con las tres mujeres (arriba), cuya sensualidad está enaltecida por la obra del escultor.

ñó por otra parte el auge del poder del individuo en favor del racionalismo cientista. La inteligencia sensible —la del cuerpo— se vio por consiguiente devaluada, ya sea como portadora de pulsiones «arcaicas», ya sea por emanar de una «naturaleza» de la que el hombre, para hacerse propiamente humano, tenía por misión emanciparse. La modernidad, por último, transformó sistemáticamente el interés en necesidad, y la necesidad en deseo. Sin ver que el deseo no se reduce precisamente al interés.

Autor de una hermosa *Antología histórica de las lecturas eróticas*, Jean-Jacques Pauvert llegó a estimar que «en el año 2000, pese a las apariencias, hay muy poco —o casi nada— de erotismo». Esta afirmación del experto puede sorprender. Y, sin embargo, se limita a constatar que el erotismo, reprimido ayer por una censura que lo condenaba a la clandestinidad y a la prohibición, está hoy amenazado exactamente por su contrario.

Si la omnipresencia de la imagen impide ver, y si la gran ciudad constituye en realidad un desierto, así también el sexo ensordecedor llega a hacerse inaudible. La omnipresencia de las representacio-

nes sexuales priva a la sexualidad de toda su carga. Contrariamente a lo que se imaginan los reaccionarios pornófobos, la pornografía mata al erotismo por exceso, en lugar de amenazarlo por defecto. Es éste también un efecto de la modernidad. El proceso moderno de individualización, en efecto, ha conducido en primer lugar a la constitución de la intimidad, luego a la inversión dialéctica de la intimidad, y ha acabado transformándose en exhibición del sujeto en nombre de un ideal de transparencia.

Al sexo se le incita hoy a ponerse a la altura del espíritu de los tiempos: huma-

*Al sexo se le incita hoy a ponerse a la altura del espíritu de los tiempos: humanitario, higienista y técnico*

nitario, higienista y técnico. La normalización sexual encuentra nuevas formas que ya no tratan de reprimir el sexo, sino que intentan convertirlo en una mercancía como las demás. La seducción, demasiado complicada, se convierte en una pérdida de tiempo. El consumo sexual tiene que ser práctico e inmediato. En el mundo de la comunicación, el sexo tiene que dejar de ser lo que siempre ha sido:



aparición de comunicación tanto más deliciosa cuanto que se sitúa en un fondo de incomunicabilidad. En un mundo alérgico a las diferencias; en un mundo que desde múltiples aspectos ha reconstruido social y culturalmente la relación de los sexos bajo el horizonte de un dimorfismo sexual atenuado; en un mundo que se empeña en ver en las mujeres unos «hombres como los demás», cuando son en realidad lo otro del hombre, es preciso que el sexo deje de «alienar», cuando no es en realidad sino un juego de alienaciones voluntarias. El deseo políticamente correcto de suprimir la correlación de fuerzas que se establece a veces a favor de un sexo y otras del otro mata de tal forma el erotismo, puesto que ya no hay ninguna relación amorosa que se despliegue en una plena igualdad, sino sólo en una lid: una inestable desigualdad que permite darle la vuelta a todas las situaciones. El sexo no es sino discriminación y pasión, atracción o rechazo igualmente excesivos, igualmente arbitrarios, igualmente injustos. En este sentido no resulta exagerado decir que el verdadero erotismo —salvaje o refinado, bárbaro o lúdico— sigue siendo más que nunca un tabú.

La voluntad de suprimir la transgresión mata parcialmente el erotismo. Porque sí hay normas en materia sexual... , como las hay en todas las cosas. El error consiste en creer que son normas morales, mientras que el otro error consiste en imaginarse que cualquier conducta puede erigirse en norma, o que la existencia de una norma deslegitima por ello mismo todo lo que está fuera de normas. El erotismo implica la transgresión,

siempre que esta transgresión resulte posible sin dejar de ser transgresión, es decir, sin ser erigida como norma.

Entre los «jóvenes de los suburbios» para quienes las mujeres sólo son agujeros con carne alrededor, las chupadoras profesionales envueltas en siliconadas formas, y las revistas femeninas transforma-



¿Quién es quién?...  
A la izquierda, la masculinizada culturista Ana Cowen; arriba, un joven en pose afeminada.  
¿Será que la (pretendida) igualdad implica la indiferencia?...

das en manuales de sexología barata, el erotismo aparece bloqueado por doquier. Los jóvenes, en particular, tienen que hacer frente a una sociedad que es a la vez mucho más permisiva y mucho menos tolerante que en el pasado. Así como la dominación desemboca en la desposesión, también la pretendida liberación sexual sólo ha conducido finalmente a nuevas formas de alienación. Pero el sexo, porque pertenece ante todo al ámbito de lo incierto y de lo turbio, siempre se escapa a la transparencia. El exhibicionismo aún lo hace más opaco que la censura, pues a este deseo de transparencia responde siempre con la metáfora. A la iluminación bajo los proyectores, el mundo del sexo opone, afortunadamente, lo que André Breton denominaba su «inquebrantable núcleo nocturno». ●

**Robert de Herte**, ensayista, editorialista de la revista francesa *Éléments* desde comienzos de los años setenta. Entre sus obras figura en español: *11 de septiembre de 2001: ha empezado el III milenio*, Barcelona, 2002.

